



José Garrido Villanueva

CUANDO TE BUSCA LA MUERTE



CUANDO TE BUSCA LA MUERTE

JOSÉ GARRIDO VILLANUEVA

Primera edición: octubre de 2024
© Copyright de la obra: José Garrido Villanueva
© Copyright de la edición: Grupo Editorial Angels Fortune
Edición a cargo de Ma Isabel Montes Ramírez
Código ISBN: 978-84-129210-2-1
Código ISBN digital: 978-84-129210-3-8
Depósito legal: B 16605-2024
Corrección: Teresa Ponce
Diseño y maquetación: Cristina Lamata
©Grupo Editorial Angels Fortune
www.angelsfortunedititions.com
info@angelsfortune.com
Barcelona (España)

Derechos reservados para todos los países.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni la compilación en un sistema informático, ni la transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico o por fotocopia, por registro o por otros medios, ni el préstamo, alquiler o cualquier otra forma de cesión del uso del ejemplar sin permiso previo por escrito de los propietarios del copyright.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, excepto excepción prevista por la ley».

CAPITULO 1



Amalio entró en el bar donde cada mañana, a eso de las diez y media, acudía a tomar un bocado. Casi siempre solía ir con algún compañero del trabajo, pero aquel día iba solo.

Se sentó en la misma silla, de la misma mesa y junto a la misma ventana de siempre. Sin mediar palabra, la camarera le trajo su desayuno habitual: medio bocadillo de salchichas, una cerveza y, para después, un cortado.

A sus cuarenta años, era un hombre de costumbres fijas y austeras. Trabajaba en una compañía telefónica, donde su principal cometido consistía en reparar las averías del tendido y de los terminales de los clientes. Su radio de acción, al igual que el de sus compañeros, abarcaba varios municipios de la zona.

En su cartera, aparte de sus documentos, tarjetas de visita y algunos billetes, llevaba una foto familiar. En ella aparecían su madre, cuyo nombre era Rosario, su hermano Juan y su padre, ya fallecido. No había más familia en su vida.

Durante su adolescencia, tuvo una relación un tanto especial con una chica de ciudad que cada año acudía al pueblo con su familia con motivo de las vacaciones estivales. Era una chica menuda, morena, no muy agraciada físicamente, aunque sí muy viva. Lucía unas

gafas con cristal grueso y una sonrisa eterna en los labios. Y, lo que era muy importante, no se veía a su alrededor la nube de moscones que suele rodear a las forasteras que venían a pasar el verano. No era una chica que atrajera a los chicos. Y esto, sin duda, actuaba en beneficio de Amalio, que no se veía capaz de rivalizar con nadie por una chica. Siempre que la veía estaba sola o con una amiga. Incluso a veces se hacía acompañar por su hermano, un chico algo menor que ella y que parecía llevar las mismas gafas. Lo cierto es que Amalio era bien recibido cuando intentaba acercarse a ella.

Todo habría ido sobre ruedas si Amalio se hubiera valorado más y hubiese creído en sus posibilidades, pero era un chico retraído, que dudaba de sí mismo y colocaba un muro entre sus deseos más profundos y sus facultades para conseguirlos. Muestra de eso era que le daba demasiadas vueltas a la cabeza. «¿Y si no le gusto y me hace caso solo porque se siente sola?». «¿Y si en el fondo se está riendo de mí?». «¿Y si...?». Siempre había un «y si» que maniataba su voluntad cada vez que se proponía declararse a la chica de la que estaba enamorado.

Durante el resto del año, Mayte, que así se llamaba la chica, ilustraba con su simpatía y espontaneidad sus largas noches de soledad. Amalio se pasaba las primaveras haciendo cábalas sobre cuál sería el mejor modo de abordarla cuando la viera de nuevo. Contaba los días que faltaban para su llegada mientras imaginaba mil anécdotas en las que él la sacaba de algún aprieto y se convertía en su héroe. Incluso veía como su corazón se agitaba a medida que pasaban los días y se acercaba el momento de tenerla frente a él.

Los veranos eran insufribles, sobre todo, cuando se enteraba de que ella había venido. Saber que estaba en el pueblo y no tener libertad para estar con ella como hubiera

deseado lo sacaba de quicio. Mil dudas le asaltaban cuando la tenía enfrente y se planteaba ser algo más que el chico que le sonreía, que le contaba chistes y disfrutaba viéndola reírse.

Le encantaba hacerle reír, pero no hubiera estado mal, para variar, abrazarla y besarla con aquella pasión desbordante que crecía en su pecho. De momento, se habría conformado con sentarse en un banco de la plaza o en una piedra junto al río y cogerle la mano y mirar las estrellas. Pero habría sido maravilloso hablar con ella, aunque fuese de cosas banales, mientras tenía la seguridad de que aquellos ojos negros le miraban con amor.

Por contra, si había algo que le dolía de verdad era cuando se le acercaba otro chico y hablaba con ella. No podía soportar verla reír con las gracias de algún ligón del pueblo. Se le caía un pedazo del alma si la hallaba contenta junto a otro que no fuera él. Él sabía que Mayte no le gustaba a ningún chico salvo a él. Pero, en cuanto la veía con alguien, la sentía tan lejana que parecía como si todos sus intentos por acercarse a ella hubieran pasado desapercibidos. Tenía la impresión de que todas aquellas horas pensando en ella y aquellas largas noches de mecerla en sus sueños no le conducirían a ninguna parte. Serían humo esparcido por el viento, un dolor que no le aportaría nada. Y sufría lo indecible.

Después llegaba el momento de irse. El otoño acechaba tras las hojas de los árboles por esas fechas. Y él se encerraba en su casa o se perdía en interminables paseos junto al río sin más compañía que el recuerdo de Mayte rondándole por la cabeza. En su soledad, evocaba los escasos momentos agradables que había pasado en su compañía durante el verano que expiraba. También se lamentaba porque esos recuerdos eran demasiado blancos. No había nunca una mirada cómplice que indicara que algo

más que una coincidencia había propiciado que pasaran esos ratos juntos. Se cabreaba consigo mismo por no saber forjar recuerdos firmes y rotundos en torno a ella.

Y es que el temor a no ser correspondido le impedía transformar las expectativas en resultados reales. Y eso no le consolaba. En el fondo, le aterrizzaba la posibilidad de que su amada encontrara ese amor que a él tanto le costaba manifestarle.

Después llegaba el invierno, los días cortos y fríos. Con pocos amigos en el pueblo, se refugiaba en su casa e imaginaba una vida con Mayte que la realidad se empeñaba en alejar. Se veía solo con ella en una isla desierta, donde se congratulaban de tenerse uno al otro, porque se necesitaban tanto como el respirar. Y allí, en la soledad de un mundo distante y perdido, solos los dos, su amor crecía hasta lo infinito. Se bañaban juntos, buscaban comida juntos, se reían juntos y se amaban a cada momento, sin importar la hora ni el sitio que fuera. Aquel era su mundo, donde nadie más tenía cabida. Aquel era su amor y no tenían que rendir cuentas a nadie. Y mucho menos compartirlo.

Y llegó el momento de pasar a la acción. Hacía unos años que estaba loco por ella y no soportaba más la angustia que le generaba el no saber si ella sentía lo mismo por él. Durante largos meses planificó la forma de expresarle sus sentimientos. Escribió una especie de discurso y no le dejaría hablar a ella hasta que no escuchara todo lo que tenía que decirle. Le daba demasiado miedo que ella se precipitara en su respuesta sin estar al corriente de lo que él sentía por ella. También pretendía hacerle ver el modo en que su respuesta podría repercutir en el futuro de ambos.

Y por eso, porque no quería fallar en el momento culminante, ensayaba a diario enfrente del espejo. Allí

estudiaba sus gestos mientras repetía como un loro la declaración que se había aprendido de memoria. No dejó nada al azar, su alegato sonaría tan rotundo y hermoso que ella no podría ignorarlo. Aquellas palabras tenían que tocar las fibras más íntimas de su sensibilidad.

Y es que no solo le pediría salir con él, sino que le abriría su alma, le mostraría los sentimientos poderosos que impregnaban cada segundo de su vida. Deseaba que conociera aquella sensibilidad que le permitía percibir con intensidad cualquier cosa que ocurriese en su entorno, por trivial que fuera. En su interior había un mundo hermoso que podría florecer como un castillo de fuegos artificiales si su amada le daba el sí que tanto ansiaba. Eso era lo que quería que ella viera: la clase de vida que podría tener junto a alguien que estaba dispuesto a dedicar su existencia a hacerla feliz.

Y llegó el verano. Y el verano trajo a Mayte. Amalio estudió con atención el momento apropiado para lanzar su ataque. Tenía que convencerla para pasear junto al río, por el mismo lugar en que él concibiera las hermosas palabras que tanto deseaba dedicarle.

Y lo consiguió. Ambos quedaron en verse a la orilla de la corriente al día siguiente de su llegada. Había un punto donde el agua se dormía y su paso se convertía en un susurro ancestral que alejaba el mundo cotidiano del alma de los paseantes.

Amalio ya había llegado cuando oyó los pasos que se aproximaban. El corazón le retumbaba en el pecho a medida que se acercaba el momento más crucial de su existencia.

No obstante, hubo un hecho que le causó un mal presagio: Mayte no iba sola. Un chico moreno y bajito, como ella, que lucía unas gafas de pasta con cristales gruesos, la acompañaba.

—No era necesario que trajeras a tu hermano —le dijo muy decepcionado.

Le dolió en el alma que la escena emotiva que tanto había ensayado y en la que tantas esperanzas tenía puestas tuviera que esperar a mejor ocasión.

Mayte empezó a reír a carcajadas.

—Ya veo que no has perdido tu sentido del humor —dijo cuando recobró la compostura, aunque sin dejar de reír—. ¡Este no es mi hermano! ¿Para qué lo iba a traer?

«Eso me pregunto yo», pensó Amalio, sintiendo que algo iba muy mal.

—Ah, ¿no?

—¡Pues no! Es mi novio. Eres mi amigo y quería presentártelo. Estoy segura de que te va a caer muy bien.

«Ni lo dudes —siguió pensando Amalio, que se sentía como si lo hubieran apuñalado entre las costillas—. No sabes la alegría que me das».

Con el tiempo, aquellas horas de soledad se acentuaron hasta lo inaguantable. Y fue así, entre llanto y llanto, entre suspiro y suspiro, como buscó refugio en la lectura. Empezó a leer para olvidar y acabó gustándole. Se sacó el carné de la biblioteca, compraba libros cuando iba a la ciudad y se hizo socio de plataformas de lectura. Libros de todos los géneros caían en sus manos y eran devorados con pasión.

Pero llegó un momento en que no le bastó con leer. Infinidad de ideas trotaban por su mente como caballos desbocados y necesitaba hacer algo para conservar el juicio. Fue entonces cuando su vida de ermitaño alcanzó un nuevo nivel de aislamiento: en los ratos que descansaba del libro, cogía el bloc y el lapicero.

La puerta del bar se abrió cuando estaba terminando de desayunar. Se llevó una gran sorpresa al ver a su hermano

Juan sorteando mesas y clientes mientras caminaba hacia él.

—¿Puedo sentarme? —le preguntó al llegar a su lado.

—Dichosos los ojos que te ven —murmuró Amalio mientras asentía con la cabeza.

—Ya..., he estado un poco liado.

—¿Un poco? ¡Si no paras en casa!

—Venga, Amalio, no empieces tú también como mamá. He venido a verte y tomar un café contigo. ¿Acaso no te alegras?

Amalio meditó durante unos segundos. Sonrió con ironía. Juan era Juan. Intentar cambiarlo a esas alturas sería como pretender derribar la luna con un tirachinas.

—Claro que me alegro, hombre. ¿Qué quieres tomar?

—Lo cierto es que ya he almorzado, pero me tomaré un café. Me invitas, ¿verdad?

Amalio sonrió, y se aplicó a los restos de su bocadillo. Poco después, la camarera les sirvió los cafés.

Ambos se habían enfrascado en una animada conversación, hasta que Amalio miró el reloj y comprendió que estaba llegando la hora de marcharse.

Juan le miraba con sorpresa después de escuchar sus últimas palabras.

—No puedo creer que a estas alturas me estés diciendo esto —murmuró.

—No podrás creerlo, pero es la pura verdad.

Amalio movió el contenido de su taza y bebió otro sorbo. Durante unos instantes quedó pensativo, como si esperara a que Juan rumiara sus palabras. Unas reflexiones, a fin de cuentas, que solo podían hacerle daño a él mismo.

—De modo que has perdido la inspiración —repitió Juan, intentando disimular una sonrisa, producto de la sensación que había tenido siempre de que la capacidad de

Amalio para escribir era más limitada de lo que él creía—. ¿Y eso es normal entre los escritores?

—Cualquier oficio que dependa de la imaginación del trabajador, qué te diría yo, la poesía, la música, la escultura..., puede tener sus momentos de dudas. Eso no ocurre de igual manera si se trabaja sobre algo establecido, sobre algo repetitivo, que, en cierto modo, suponga una rutina. Y es así porque este tipo de trabajos no te obligan a pensar constantemente cómo seguir adelante. Si conoces tu oficio, tu labor la conviertes en algo cotidiano y te supone un esfuerzo mínimo concentrarte en ella.

—Eso es verdad —convino Juan.

—En cambio —prosiguió Amalio—, cuando cada proyecto que emprendes ha de nacer de una idea nueva y distinta a las anteriores, se hace más patente la influencia que ejercen sobre ti las situaciones que se manifiestan en tu entorno. Dependes más del estado de ánimo en que te halles, o de tu estado físico. No es lo mismo poner ladrillos con dolor de cabeza que intentar crear una historia, un poema o una canción. Y, por lo tanto, entre los artistas y los escritores suele suceder que, a veces, existan lagunas que limitan su capacidad de creación.

A Juan le divertía aquel modo pomposo con que su hermano Amalio describía su situación. Sabía que llevaba años intentando abrirse camino en el mundo de la literatura. Pero no llegaba a cuajar porque, en el mejor de los casos, sus textos no pasaban de ser mediocres. Sin embargo, ahora expresaba su incapacidad de seguir escribiendo sus anodinos relatos como si con aquel vacío creador el mundo se viera privado de algo grande. Aun así, decidió seguirle la corriente.

—¿Cuánto tiempo llevas así?

—Es lo que trataba de decirte: puede ser normal que uno pase un bache de unas semanas, incluso algunos

meses, pero lo cierto es que llevo más de año y medio sin conseguir hacer algo que valga la pena.

—¿No has pensado cambiar de vida o de lugar? A ver si el mundo en el que te mueves no te motiva lo suficiente.

—No creas que no le he pensado. Incluso he barajado la posibilidad de pedir el traslado a otra ciudad. En fin, hacer algo que suponga un vuelco en mi vida lo bastante importante como para que mis ideas y mis costumbres tengan que transformarse.

—¿Y crees que te resultaría fácil que te den el traslado?

—Más difícil sería si no lo intentara.

—Eso es cierto.



ACERCA DEL AUTOR

José Garrido Villanueva nació en Peñascosa (Albacete), pero al cumplir su primer año de edad se trasladó con sus padres al vecino municipio de Vianos, donde sigue residiendo a día de hoy. Allí compagina su labor de apicultor con su gran pasión: la literatura.

Lector empedernido, empezó escribiendo relatos de terror, que culminó con la publicación de su primer libro, *Los fríos dedos del miedo*. Después llegaría su primera novela, *Demonios en el Edén*. Posteriormente, con *La pandilla. Vianos, verano de 1970* y *Lea y el fabuloso mundo de las abejas*, afrontó un nuevo género, demostrando que puede llegar a los lectores de todas las edades.

Ahora, con su última publicación, *Cuando te busca la muerte*, regresa a sus orígenes: el terror.